

AGUSTINA PÉREZ, *CONTAR LO MÍNIMO*, CON PRÓLOGO DE MARTA SANZ, LLETRA IMPRESA EDICIONS (BYPRINT), 2022, 170 PP.

JACOBO LLAMAS MARTÍNEZ
Instituto de Humanismo y Tradición Clásica (IHTC)
Universidad de León

Desde su creación en 2006, la revista *Lectura y signo* aspira a ser algo más que una revista de investigación académica dando cabida a la publicación de antologías personales de poetas consagrados y tratando de aproximarse a escritores y lectores que no pertenezcan en exclusiva al ámbito universitario al reseñar obras de ficción. Siguiendo esta línea, esta reseña se ocupa de *Contar lo mínimo*, primer libro de creación de Agustina Pérez López, Catedrática de Lengua Castellana y Literatura, creadora del «método explora» para la lectura y escritura comprensiva de estudiantes de Primaria y ESO, colaboradora de la cadena SER, y autora de la conferencia, publicada en un libro de pequeño formato, *Pioneras: rebeldes, cultas, comprometidas* (2019), y de un excepcional blog literario, «Nos queda la palabra». En todos esos ámbitos, Agustina Pérez destaca tanto por la agudeza pedagógica de sus lecturas, intervenciones y comentarios, como por el exquisito manejo del lenguaje, y prueba varias de las virtudes des-

tacadas en la contracubierta de *Contar lo mínimo*: su «afán [...] por decir la verdad —o las verdades—, aunque escuezan», y su capacidad para ser «incisiva y educada a un tiempo».

En la obra, la autora cultiva, también a un tiempo, el relato breve, el microrrelato y el aforismo en una especie de miscelánea dividida en tres partes. En la primera, «Donde habite el recuerdo» (pp. 16-103), Agustina Pérez rememora vivencias de su infancia y juventud en Zamora que sirven de emocionada evocación de su familia y amigas, y da cuenta de autores y situaciones que marcaron su educación sentimental y literaria: Francisco Fernández Buey, Agustín García Calvo, José Hierro... Entendemos así cómo se formó la profesora y lectora fuera de lo común que es Agustina Pérez, la opinadora clarividente y sin cortapisa, y la escritora elegante y sutil. En una suerte de relatos o prosas breves, la autora recuerda a su abuelo en «Mi abuelo y la luna», la

humildad de sus orígenes y la esforzada labor de su padre y de su madre para que pudiese estudiar Filología Románica en la Universidad de Salamanca en «Talismanes», o el verano que pasó en París para trabajar y perfeccionar el francés, «Desayuno con uvas», pero que en realidad le permitió empatizar con quienes tienen nada o muy poco y sentirse una persona afortunada:

Pasaron dos meses largos en los que entendí el mundo del trabajo, la explotación y las injusticias. Hice un curso acelerado de vida real y aplicación práctica de la teoría que había estudiado en los manuales. Y, sobre todo, entendí lo que se sufre al carecer de medios para lo más indispensable. Llegamos hasta a pasar hambre.

Por eso, aquella mañana de septiembre, en mi casa, tras haber dormido en mi casa hasta muy tarde, aquel plato lleno de uvas doradas, hermosas y húmedas, me parecieron el mejor manjar del mundo.

[...]

Sentada, años después, en una terraza similar en París, con un vaso de fresca cerveza, pensé que fui una privilegiada.

[...]

Acabé mi carrera y logré un trabajo digno (pp. 64-65).

La segunda parte de *Contar lo mínimo*, «Siluetas» (pp. 104-155), está formada por una serie de cuarenta y siete microrelatos en tercera persona donde Agustina Pérez traza una perspicaz lectura de la realidad actual a través de los roles que los titulan: «La madre», «El empleado», «La diva», «La migrante», «El utópico», «La famosa», «La jefa de gabinete», «La fugitiva», «El

traidor», entre otros. Muchas de esas breves historias permanecen en mi recuerdo, pero hay dos que me entusiasman señaladamente, «La pensadora», por la capacidad alusiva y elusiva del texto, que ejemplifica las cualidades retóricas de la autora, y «El pragmático», por la gloria que concede a Sancho y no al estirado de su señor:

La pensadora

Movía las palabras como si se tratara de piezas de un puzle.

Llevaba meses intentando hacer inteligible la bruma que llenaba su cabeza.

Poco a poco, logró que encajaran. Todo se ordenó de forma elegante, casi majestuosa.

Ahora sí, se dijo.

Cuando vio el gesto del psiquiatra, supo que nunca conseguiría salir de allí (p. 121).

El pragmático

Siempre había querido ser Quijote. Y un día se despertó siendo Sancho Panza.

Descubrió que le gustaba.

Rectificar es de sabios, se dijo.

Y se dispuso a saborear la cómoda vida que le esperaba (p. 123).

En mi lectura de la tercera parte, «Como el vilano (aforismos)» (pp. 157-170), he subrayado cinco máximas, aunque podría haber resaltado cualquier otra de las cien que cierran *Contar lo mínimo*. Por el uso del lenguaje, remiten a las greguerías de Ramón Gómez de la Serna, pero poseen un mayor compromiso ético:

9. Enmiendas:

No hay casualidades, hay encuentros.

No hay suerte, hay trabajo.

No hay muerte, hay vidas que terminan.

10. Y llegó 2020.

49. Posverdad: la mentira ya está en la palabra. La disfraz de verdad.

55. Cumbre de Davos. Rebajas en los derechos humanos.

70. El ruido no rompe el silencio. Evita el pensamiento (pp. 163 y 167-168).

La disposición tripartita del libro va así del yo al nosotros, pasando por el él y ella, para interpelar al lector a la reflexión sobre lo íntimo y lo colectivo, para que se cuestione, como Agustina Pérez, su identidad (de dónde viene, cómo piensa, actúa o siente), no reaccione de forma gregaria, pasiva ni sectaria, y sea consecuente consigo mismo y con sus circunstancias. *Contar lo mínimo* juega, pues, con la hibridación genérica y la fragmentación propia de la modernidad a fin de transmitir valores e ideales de fraternidad, solidaridad y justicia, tan impropios, en cambio, de estos tiempos, en los que la integración de formas y la preeminencia de lo audiovisual incentiva individualismos y egoísmos.

La obra está escrita, además, con una densidad de pensamiento y con un rigor que debe mucho a los autores predilectos de Agustina Pérez. Algunos citados de modo directo, Nebrija, Cervantes, santa Teresa, Jane Austen, Brontë, Gramsci, Altolaguirre, Steinbeck, Sabato, Delibes, John Berger; otros, como García Márquez, de manera indirecta: «Muchos años después, habría de recordar la tarde de infancia en la que entré por primera vez en la radio y conocí, de la mano de mi padre, la magia de un medio que no me ha abandonado nunca» (p. 19). Como mucho de esos autores, Agustina Pérez cuenta y sugiere mucho más de lo que insinúa el título del libro y hace bueno el aforismo arquitectónico «less is more», que me lleva a los

versos de Juan Antonio González Iglesias y a su reflexión sobre la figura del poeta, aplicable a Agustina Pérez y a *Contar lo mínimo*: «un poeta es alguien que dice verdades elementales. A veces es simplemente alguien que las recuerda o se las recuerda a los demás».

Por todo ello, empecé a leer *Contar lo mínimo* y no pude parar hasta terminarlo, con una sensación de cierta lástima por no haber descubierto antes a Agustina Pérez y por no haber sido uno de sus afortunados alumnos, aunque quiero pensar que mi querida Mari Loli, la profesora a la que debo mi entusiasmo por la lectura, el conocimiento y la vida, tiene o tuvo — no sé nada de ella desde hace unos años — algo en común con Agustina.

Por lo demás, conviene recrearse en la imagen de cubierta de la abuela materna de la autora, en las ilustraciones de las portadillas de cada una de las tres partes en las que se divide el libro, y en el emotivo prólogo de Marta Sanz, que verbaliza lo que quienquiera que lea «Nos queda la palabra», el mencionado blog de Agustina Pérez, sabe: lo formidable de sus críticas, análisis, estudios..., pongan el término que les plazca.

Agustina Pérez leyó un texto sobre *Farándula* [novela de Marta Sanz publicada en 2015] en el que reconocí una por una mis intenciones no expresadas. [...] Descubrí, a través de otros ojos [...], el significado de mis volutas metafóricas y de mis flores de cerezo. [...] yo sentí egoístamente que [Agustina] me pertenecía, que era mi lectora, la lectora perfecta de mis libros, que yo no quería compartirla con nadie (p. 8).

Por último, debe reconocerse la labor de Mercè Climent y Juli Capilla,

responsables de Lletra Impresa Edicions, que permiten que los lectores disfrutemos de voces y obras como las de Agustina Pérez, alejadas de las tendencias y las modas del mercado libresco, y que deben hacerse valer por su sabiduría franca y serena. Su esfuerzo editorial, dentro del desvirtuado y devaluado panorama literario y mediático, es tan hercúleo y admirable como el de Prometeo.